

■ **Daniel Prieto Castillo** Pionero en educomunicación

En torno a la palabra en la práctica de la educomunicación

La radio, la prensa escrita y la comunicación digital, son herramientas de inmenso potencial educativo



Aularia
Redacción

El hecho educativo es, esencialmente, un hecho comunicativo. Hoy es impensable hablar de comunicación y de educación como de procesos diferentes. Los procesos de comunicación son componentes pedagógicos del aprendizaje. Oí por primera vez el concepto en el entorno, tal vez a él mismo, de Paulo Freire, en Chile por los años 70. Después lo volví a percibir en Argentina, en un encuentro con educadores al que asistía Mario Kaplún. La UNESCO lo aceptó en 1979, y de ahí su recorrido fue rápido en América, en relación con la educación popular, y más lento en Europa, pero imparable. Hoy Aularia entrevista a Daniel Prieto Castillo, educador desde 1962, pionero en la praxis y en la reflexión educomunicativa. (Enrique Martínez-Salanova, entrevistador)

Daniel Prieto Castillo es, ante todo, educador, uno de los pioneros y pensadores en el mundo de la educomunicación, considerado como uno de los mayores expertos mundiales en comunicación para el desarrollo.

Nació en Mendoza, Argentina, estudió filosofía Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, donde se licenció en 1968. Es Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM (México, 1980), profesor en materias de educación y comunicación de la Universidad Nacional de Cuyo y director de la carrera de postgrado de Especialización en Docencia Universitaria desde 1995. Profesor visitante de numerosas universidades de América latina, fue nombrado Doctor «honoris causa» por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Colombia). Es miembro del consejo



■ **Daniel Prieto Castillo**

CLAVES

● **Mi itinerario profesional se ha organizado en torno a la tarea de promover y acompañar aprendizajes mediante una labor comunicacional sobre la cual trato de reflexionar siempre y de entretenerla en mis encuentros presenciales**

● **Construir es, en primer lugar, construirse.**

● **La construcción de la palabra requiere tiempo para dialogar con otras y para lograr la propia.**

de redacción de varias revistas académicas de comunicación, entre ellas *Chasqui*, *Diálogos*, *Signo y pensamiento*.

Es autor de numerosos libros: *Retórica y manipulación masiva* (1978), *Discurso autoritario y comunicación alternativa* (1979), *Elementos para el análisis de mensajes* (1980), *Diseño y comunicación* (1980), *Manual de diagnóstico de comunicación* (1984), *Comunicación y percepción en las migraciones* (1984), *Comunicación, periodismo científico, cultura y vida cotidiana* (1984), *Voluntad de verdad y voluntad de espectáculo* (1986), *La fiesta del lenguaje* (1986), *Comunicación y medio ambiente* (con Berta Irene Flores, 1993), *La pasión por el discurso, cartas a estudiantes de comunicación* (1994), *Comunicación e integración* (1994), *La televisión, críticas y defensas* (1994), *Los formatos televisivos* (1994), *La televisión y el niño* (1994), *Introducción a la comunicación rural* (1994), *Mediación de materiales para la comunicación rural*, (1995), *Palabras e imágenes para la comunicación impresa*, Quito, OCCLAC. (1996), *La comunicación en la educación*, (1999), *Comunicación, universidad y desarrollo* (2000)

1. En momentos en los que priman la imagen y la inmediatez de la información, ¿Qué espacio e importancia queda para la palabra y el gesto en la educomunicación?

Para dialogar con *Aularia* siento que me corresponde aclarar desde dónde hablo cuando toco temas como los propuestos. Soy un educador, no he abandonado

esa práctica desde 1962 y pienso continuar en ella todo el tiempo posible. A la vez, también desde aquellos años, coloco como centro de mi tarea la comunicación, tanto para enseñarla como para vivirla. Mi itinerario profesio-

nal se ha organizado en torno a la tarea de promover y acompañar aprendizajes mediante una labor comunicacional sobre la cual trato de reflexionar siempre y de entretenerla en mis encuentros presen-

ciales, a distancia, a través de la palabra oral y escrita, de la mirada, el gesto y el diálogo, ese «encuentro amoroso de los hombres que, mediatizados por el mundo, lo pronuncian, esto es, lo transforman y, transformándolo, lo humanizan para la humanización de todos», como escribió nuestro Paulo Freire.

Llevamos ya largos años utilizando la palabra «construcción» a la hora de referirnos al aprendizaje. Siento que nos falta precisar todavía más su sentido: en educación el llamado al alcance de ese término significa, de manera radical (es decir, de raíz) lo siguiente: construir es, en primer lugar, construirse. De un proceso con pretensión educativa puede uno salir muy bien construido, medianamente construido, mal construido y hasta destruido.

Mi tarea de educador consiste en colaborar en la construcción que cada estudiante va haciendo de sí mismo y para ello, desde mi mirada y mi práctica, la argamasa fundamental es la comunicación. Un proceso educativo orilla el fracaso cuando de sus espacios alguien sale chocándose con su propio discurso, con una escritura cercana al balbuceo, con aquello de «lo sé pero me faltan palabras...». Alguien bien construido en su comunicación está mejor parado en y frente al mundo, tiene más instrumentos para relacionarse con los demás y consigo mismo.

Entonces, ante la primacía de la imagen y de la inmediatez de la información (sobre todo de esta última) y hablando desde la educación y como educador, no puedo dejar de reconocer las consecuencias negativas para la construcción el abandono de una rica capacidad de comunicación, de la apropiación de las posibilidades de la palabra, de la expresión sostenida por vocabularios y estructuras sintácticas bien entretijadas.

Entra en juego aquí un elemento clave de nuestra condición humana: el tiempo. No edificamos nuestro ser a golpes de espontaneidad y de automatismos, no desarrollamos una capacidad de comunicación como la que planteamos por el mero hecho de enviar correos electrónicos o de reaccionar a estímulos en un video juego. Y para nada entro en el terreno de las descalificaciones, correo electrónico y video bien pueden resultar elementos valiosos para relacionarse o para jugar e incluso desarrollar modos de aprendizaje que no soñábamos hace unos años. Pero la construcción de la palabra requiere tiempo para dialogar

“ Desde mi mirada y mi práctica, la argamasa fundamental de la construcción de cada estudiante es la comunicación ”



con otras y para lograr la propia.

Partamos de un ejemplo. Desde el año 1995 llevamos con un grupo de colegas una carrera a distancia de Posgrado en Especialización en Docencia Universitaria, en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. La totalidad de esos estudios está organizada en clave comunicacional: materiales, prácticas de aprendizaje, tutoría, administración del sistema... El plan consta de cuatro módulos y para aprobarlos los colegas deben elaborar, para cada uno, un texto paralelo que caracterizamos hacia 1989 con Francisco Gutiérrez Pérez como un «seguimiento y registro del aprendizaje a cargo del propio aprendiz». En esos materiales se vuelcan conceptos, experiencias, memorias derivadas de la propia práctica, entrevistas a otros colegas y a los alumnos... Hay una condición ineludible para hacerlos: la clave comunicacional. Se trata de textos para ser leídos por otros, para comunicarse a través de ellos, página a página. Es decir: nuestros colegas se construyen a partir de propuestas conceptuales y metodológicas relacionadas con la docencia universitaria y a la vez se construyen comunicacionalmente.

En ese juego discursivo aflora casi desde el comienzo un gran ausente en los estudios superiores: el relato. Podemos afirmar que en no pocas ocasiones asistimos a universidades sin relato, con aquello de que es preciso ser científico mediante discursos urdidos desde lejanas alturas. Ningún proceso educativo puede excluir la personalización, la narración de experiencias propias y ajenas. Nada más antipedagógica que la insistencia en un discurso construido a base de despersonalizaciones.

La elaboración del texto paralelo significa, en nuestro trabajo, una manera de humanizar las relaciones en el seno de la educación superior. Y para ello hace falta tiempo, precioso tiempo de cada quien, precioso fragmento de la existencia dedicado a gozar con la construcción de la propia palabra.

2. En la educación sigue predominando el trasvase informativo sobre el diálogo ¿cómo se ve desde una perspectiva actual la escasez de palabras, la presión para reducir los textos y la respuesta inmediata, para mantener una actitud dialógica?

Hablemos primero de ese predominio. Hace unos años dije en una conferencia que me había sucedido a lo largo de mi existencia algo similar a aquel coronel Aureliano Buendía de *Cien años de soledad*: participé en veinte y tantas revoluciones pedagógicas y las perdí todas. Un colega se molestó mucho con mis palabras, que cómo decía algo así, que entonces cada búsqueda alternativa estaba condenada al fracaso... Desde el punto de vista de un sistema completo... sí. Eso no significa que no haya revoluciones en su interior, pero a la larga (y a veces a la corta) todo volverá a ser como era entonces. ¿Y el sentido de una transformación? Nadie lo discute, siempre se llega a alguien, siempre se involucran seres con anhelos de cambios, siempre se viven de modo diferente modos de promover y acompañar aprendizajes, siempre se va sembrando en el proceso de promover y acompañar aprendizajes.

La continuidad de la presencia del trasvase informativo está ligada de formas de evaluar, al ingreso a la educación de personas que a menudo no tienen vocación para ella, a estructuras sostenidas por burocracias administrativas, al abandono por parte de los sectores sociales en el poder de lo que significan para

“ A veces asistimos a universidades sin relato, con aquello de que es preciso ser científico mediante discursos urdidos desde lejanas alturas



un país la educación y la cultura..., todo un caldo de cultivo para sostener viejas formas de enseñar y para cerrar alternativas a caminos propios del diálogo.

En no pocos contextos las tecnologías digitales, con invitaciones a reducir al máximo palabras para sacrifi-

carlas en aras de la velocidad y de la reacción inmediata, han venido a cruzarse con esos espacios de trasvase de información. Se habla mucho del analfabetismo tecnológico de los educadores, pero cuando al mismo se suma un analfabetismo

pedagógico, el resultado puede ser muy pobre. No ganamos nada si a viejas tendencias sostenidas por el traspaso de información se suma la creencia en un milagro basado en la mera presencia de lo virtual. Una regla pedagógica fundamental dice así: no hay prisa. Para aprender hace falta tiempo humano, no tiempo virtual o tiempo tecnológico y mucho menos tiempo burocrático.

“ Para aprender hace falta tiempo humano, no tiempo virtual o tiempo tecnológico y mucho menos tiempo burocrático

3. ¿Cómo encaja la mediación en una labor pedagógica y comunicativa en la que los interlocutores están lejos y con prisas?

Comencemos por la expresión «... los interlocutores están lejos...». Con ella nos situamos en el campo de la educación a distancia. La pregunta se impone: ¿a distancia de qué? En la tradición de dicha educación, de las aulas, sin duda. La modalidad nació para atender a quienes, por diversas razones, no podían asistir a ellas. Para nosotros la cuestión es más compleja. Proponemos una educación a distancia de: pedagogías directivas, basadas en el control y la palabra del maestro; de la masificación y el anonimato; de entornos carentes de recursos e incentivos para el

aprendizaje; de aprendizajes anclados en viejas formas de transmitir información; del tedio y la desmotivación; de la discriminación... Tales distancias pueden urdirse en las relaciones presenciales o con estudiantes situados a cientos de kilómetros.

De desmitificar el aula como símbolo de toda educación posible se trata. Se nos dice que en ella, que en la presencialidad, se logra una mejor comunicación, que nada suple la relación interpersonal. Pero sabemos que se puede estar muy solo en medio de un aula repleta de estudiantes, que en muchos casos alguien delante nuestro crea abismos de relación, que la soledad puede asomar en cualquier espacio social, a pesar de la presencia de los demás.

Desde esa reflexión sobre el alcance de lo llamado «a distancia» propusimos con Francisco Gutiérrez el concepto de mediación pedagógica entendida como la tarea de promover y acompañar el aprendizaje en cualquier contexto y a cualquier edad de los posibles aprendices. Para ello, entre otros temas, partimos de lo siguiente: se aprende de lo cercano a lo lejano, y lo más cercano en este variado universo soy yo mismo, es cada ser humano. La mediación pedagógica constituye siempre un ejercicio de cercanías en el marco de lo enunciado más arriba: no hay prisa. Cuando alguien siente que se habla con él, que se habla para él, que se lo invita a comunicar y a comunicarse con su práctica y su historia, las prisas tienden a ceder para dar lugar a la reflexión, al relato y al diálogo.

4. ¿Qué papel tienen los educadores y comunicadores en una sociedad tecnificada, en la que parece que ya todo está en la red?

Retomo lo expresado al comienzo: «Soy un educador, no he abandonado esa práctica desde 1962...». Cuando alguien se define de esa manera, cabe pre-



guntarle por el sentido de su existencia desde el punto de vista de su práctica profesional. En lo personal no me caben dudas: estoy en la vida, en el mundo, para que los otros aprendan. En ese marco, mi cotidiano quehacer consiste en promover y acompañar aprendizajes.

Si me acepto como educador, mi trabajo de promoción y acompañamiento es desde la comunicación. Estoy en el mundo para que los otros aprendan y para eso necesito ser un buen comunicador, un excelente comunicador. Nos situamos en una práctica comunicacional dirigida a promover y acompañar aprendizajes en el cara a cara, por medio de la escritura, de los materiales audiovisuales, de las tecnologías analógicas y las digitales.

El papel, entonces, de un educador y un educador en una sociedad tecnificada sigue siendo el mismo: promover y acompañar aprendizajes, a través de la red y también fuera de ella. En este sentido la forma en que se plantea la pregunta nos ayuda mucho: «...en la que parece que ya todo está en la red». El «parece que» abre el camino a la reflexión, porque hay muchas maneras de estar en la red y no pocas de no estar en ella. Para un educador-comunicador estar en la red representa una oportunidad para continuar haciendo lo de siempre (promover y acompañar aprendizajes, mediar pedagógicamente...) con recursos preciosos que no soñábamos para nada hace unas décadas. Para quienes se dedican a enseñar en la vieja telaraña del trasvase de información, la red constituye un lugar en el cual también se pueden sostener las lejanías, profundizarlas incluso. No deberíamos olvidar que la red tiene el sentido de un encuentro a través del infinito juego de mallas que se expanden en todas direcciones, pero también de algo para atrapar, como en el caso de las telarañas o de los tejidos dirigidos a recoger peces.

Una cosa es vivir el aprendizaje y la comunicación

en ese juego infinito y otra es quedar atrapado en la red; una es asumirse como educador-comunicador para impulsar el diálogo, la creación, la colaboración, y otra es lanzar la red para ver qué se pesca desde viejas maneras de concebir la enseñanza. No faltan ejemplos de esto último en propuestas de educación a distancia basadas en lo virtual.

Valoramos mucho el trabajo en red. Cuando tiene uno la oportunidad de integrar un grupo con colegas y estudiantes de varios países para pensar, indagar, construir, soñar, conocer, jugar, reír juntos, comprende a fondo lo que está significando la red en estos tiempos. En realidad, desde nuestra experiencia en los caminos de la educación, las comunidades de aprendizaje se vivían antes en la preciosa figura del seminario.

Escribíamos hace unas dos décadas: un seminario es una unidad de comunicación y de interaprendizaje. En ese espacio de encuentro estamos, solo que con proyecciones maravillosas a escala planetaria. El pensamiento en red apenas si está naciendo, no alcanzamos a atisbar casi nada de lo que nos traerá en el futuro.

“ El pensamiento en red apenas si está naciendo, no alcanzamos a atisbar casi nada de lo que nos traerá en el futuro. ”

5. ¿Cómo utilizar la palabra y el gesto en los diversos lenguajes en los que se mueve la comunicación para que se creen nuevas experiencias y procesos comunicativos?

La cuestión me obsesiona hace varios años. Retomo lo planteado en más de una oportunidad en diá-



logos por nuestra variada América Latina:

¿A qué hipertexto llegará quien no ha producido texto? ¿Cómo ser alguien en el mundo virtual, si no se ha producido en el mundo textual?

Si tenemos producción, toca agregar más valor a lo que comunicamos, tanto por la belleza y la fuerza de la expresión como por nuestra capacidad de sacar el mayor provecho comunicacional a cada formato, a cada tecnología que utilicemos. Pero el mayor valor que podemos agregar es el pedagógico. Y para ello necesitamos, hoy más que nunca, mediar con toda la cultura.

“ Hemos insistido una y otra vez: «dime qué hiciste con las anteriores tecnologías y te diré qué harás con las nuevas.»

Agregar valor pedagógico significa producir materiales ricos en texto y contexto, en sugerencias de aprendizaje, en personalización, en comunicación de experiencias,

en posibilidades de reconocimiento de la propia situación, en aproximaciones al contexto inmediato y al más general, en recuperación de la memoria, en esperanza, en construcción de futuro, en diálogo, en encuentro, en alegría y fuerza expresiva.

Todo esto no son palabras. Quienes hicieron de manera natural el tránsito de lo analógico a lo digital fueron aquellos educadores-comunicadores que venían utilizando las viejas tecnologías desde una práctica y una ineludible voluntad de comunicación. En su experiencia se vivió una continuidad, se pasó a hacer con lo virtual lo que se hacía con lo analógico.

Por eso hemos insistido una y otra vez: «dime qué hiciste con las anteriores tecnologías y te diré qué harás con las nuevas.»

El impulso de experiencias y procesos comunicativos se fundamenta en un pasado de creaciones que en nuestra América Latina ha sido riquísimo.

Como señalamos hacia 1999 en una conferencia or-

ganizada por la UNESCO:

«La interacción, desde el punto de vista comunicacional, fue uno de los grandes aportes de Latinoamérica.

Hay más: el llamado al respecto por la diversidad cultural fue atendido por décadas por emisoras bolivianas, guatemaltecas, dominicanas, a través de programas en quechua, creol y toda la riqueza de los idiomas mayenses.

Y más aún: el cultivo durante más de 30 años de la lectura crítica de la comunicación, como antecedente de lo que se viene pidiendo en la actualidad en relación con la oferta de internet.

Quiero señalar con estas referencias que el espesor de la cultura pedagógica de América Latina no es nada despreciable, tanto por las propuestas innovadoras como lo atesorado por los propios educadores en su trabajo cotidiano.

Cultura pedagógica existente en los sistemas no formales y formales. Porque en nuestra variada realidad social no es posible pasar por encima de tanta experiencia, de tanto esfuerzo de promoción y acompañamiento del aprendizaje realizado a menudo en condiciones precarias, en el marco de la retirada del estado de sus funciones fundamentales.

Hay un tesoro de experiencias y de saberes que guarda en cada país el sistema educativo. A menudo, cuando llegan las propuestas de cambios a través de reformas, se tiende a considerar que nada de lo hecho sirve, que una nueva teoría y una nueva manera de trabajar los conocimientos vienen a inaugurar los tiempos desde cero.

No llegamos de ninguna manera con las manos vacías a esta sociedad del conocimiento. No es bueno plantear el salto tecnológico por encima de nuestra cultura y de nuestros saberes, de lo acumulado por generaciones de comunicadores y educadores.»



6. ¿Cuál puede ser/debiera ser el futuro del diálogo en los medios? ¿Podemos ser educadores en red manteniendo la palabra con todo su valor?

A fines de los 80 nos encontramos con Mario Kaplún en uno de nuestros países latinoamericanos y tuvimos el siguiente diálogo: Mario, se cayó el muro. Así es Daniel. ¿Qué harás ahora? Lo mismo de siempre Daniel.

Tal tarea fue de por vida para Mario dialogar con los medios desde una postura crítica y mantener la palabra con todo su valor a través de experiencias como el casete foro y de programas como «Un tal Jesús».

Por supuesto que lo virtual, y de manera fundamental la red, nos plantean otros caminos y desafíos, pero la tarea sigue siendo la misma: promover y acompañar aprendizajes desde una constante voluntad de comunicación.

7. Hablamos de interculturalidad en momentos de globalización ¿cómo comunicar nuestra propia cultura? ¿cómo mantener y conservar el propio acervo cultural en una sociedad mediática? ¿cómo ser interculturales?

Me sitúo para dialogar sobre este punto en una caracterización:

Entendemos diversidad comunicacional como las expresiones de la vida y la cultura, en las relaciones cotidianas, en el seno de las comunidades, en las creaciones de determinados pueblos y naciones, en las instancias administrativas de una región o país, desde los municipios hasta los órganos nacionales de gobierno, en el quehacer propio de cada sociedad: la

educación, el arte, el esparcimiento, los espacios, los objetos, el vestido, la alimentación; en la cultura mediática, en los rituales, religiones, grupos etarios, en la cultura «cultura» y la cultura popular.

La diversidad comunicacional abarca desde las expresiones de cada individuo hasta las de la totalidad de una sociedad.

Frente a esa tendencia fundamental de la vida y de cada cultura, se alza la asechancia de la homogeneidad, de la uniformidad, de la generalización de modos de decir, de percibir y comunicar dirigidos a reducir al máximo la trama incesante de la vida y de la cultura.

En esa trama, en ese drama, nos hemos movido siempre y la historia al parecer está lejos de detenerse. La red ha abierto enormes posibilidades que no teníamos cuando se planteaba la comunicación alternativa en la década del 60; el estallido de la presencia de la gente en torrentes de comunicación representa algo nuevo y de ninguna manera rechazable; el acceso a marejadas de información y a bellísimas muestras de comunicación es mil veces preferible a una concentración de medios sin alternativa alguna de otras vías de relación.

La diversidad comunicacional es la clave de la interculturalidad. La emergencia de nuevos sujetos sociales en todos los países va ligada con fuerza a expresiones que abarcan desde la cotidianidad hasta la presencia en las redes y en medios comunitarios y, cuando se puede, masivos.

El acervo cultural está en constante construcción, no fue nunca cosa del pasado. Tal construcción nace y se concreta en lo que cada quien (como individuo, como grupo, como parte de una determinada emergencia de sujetos sociales...) comienza y termina en formas y productos comunicacionales. Nada de esto queda al margen de intentos de masificación y de control social, pero si algo nos hace humanos es la resistencia a las hegemonías políticas y culturales.

Nota: Agradezco a mis queridos amigos Amable Rosario y Carlos Eduardo Cortés los comentarios y observaciones que hicieron a este texto.



